

Sobre la Noción de Teoría en Psicoanálisis¹

Marcos Lijtenstein

Descriptores: TEORIA PSICOANALITICA / CASTRACION.

I. La consideración por parte de nuestro grupo, del trabajo *Psicopatología —. del análisis didáctico*, presentado por los analistas de formación al Precongreso Didáctico que precediera al reciente X1^o Congreso Psicoanalítico Latinoamericano (Buenos Aires, 1976), nos llevó en su momento a proponer que se reviera la afirmación que encaraba el análisis “y por ende” la “formación analítica”, como “*un saber no teórico del inconciente*”. Para contextualizar esta frase (que aquí destaco con el subrayado), cabe agregar que le seguía este desarrollo: “—saber paradójico, de deseos que conjugan pulsiones y que se representan en fantasmas— «saber» que hace posible un modo de relación con la teoría psicoanalítica sobre el inconciente, que no consiste en su mero aprendizaje y una práctica, que no es mera aplicación de teorías”.⁽¹³⁾

Confirmamos entonces que se quiso decir un saber no intelectual, o no predominante o exclusivamente intelectual.

III. Pensamos que en psicoanálisis es posible reivindicar un espectro amplio de la noción de teoría, desde el significado primario de contemplación —visión— hasta el ulterior de construcción intelectual. (Cf. las acepciones de *teoría* y *contemplación*, donde aparece también aludido el tema de la acción del que contempla, en José Ferrater Mora.) (6)

Emilio Oribe ha postulado esta rica conjunción —la contemplación, la idea, las dificultades expresivas— en su obra (de 1934) “*Teoría del Nous*”: (16) “Teoría implica una procesión de intuiciones alrededor de una idea fundamental. La procesión en [el] dominio de lo psíquico, desciende a lo inconsciente, retorna después e ilumina en lo abstracto y avanza siempre colmándose de certidumbres. La expresión de esas certidumbres requiere una fórmula imprecisa, enunciada a través de aforismos, ejemplos, y palabras de una gran pureza. La pitia de las teorías tiene que sugerir antes que hablar. Su palabra será a la sugestión superior lo que el eco a la voz; por eso débese desentrañar a través del humo el resplandor del fuego, y aún más, débese reconstruir la fina arquitectura de la llama con los restos de la última ceniza.”

¹ Escrito especialmente para la Revista Uruguaya de Psicoanálisis

“Teoría, implica en su sentido griego, un conjunto de modulaciones anímicas en trance de contemplación sin cesar renovada, de especulaciones indirectas y de explicaciones puramente intuitivas.”

“La claridad que surja será momentánea; pero, por ello mismo, el Nous se revelará fiel y divino.”

Lo que aquí queremos destacar, parece evidentemente explícito en el lenguaje de Freud. En cuanto llamó teoría tanto a la versión que un niño se da sobre las diferencias de los sexos, o sobre la procreación —donde entran en juego lo que contempla, lo que oye, lo que fantasea y piensa, el proceder defensivo—, como así también llamó teoría a la incorporación de aquellas teorías en el rango de un estatuto científico. De este modo entran en el espectro las teorías sexuales infantiles y la teoría psicoanalítica de la libido, como dos extremos en el despliegue de un abanico, convergiendo en un vértice centrado en el descubrimiento de lo inconciente.

En *Teorías sexuales infantiles* (1908) escribe Freud: “El conocimiento de las teorías sexuales infantiles, tal y como el pensamiento infantil las conforma [...] para lo que se demuestra indispensable es para la concepción de las neurosis mismas, en las cuales conservan aún todo su valor tales teorías infantiles y ejercen una influencia determinante sobre la estructura de los síntomas.” (Tan sólo en forma sumaria recordaremos que aquellas teorías implican: 1, el desconocimiento de las diferencias sexuales, atribuyendo a la mujer, genitales masculinos; 2, la teoría de la cloaca; 3, la interpretación sádica del coito como “una lucha cuerpo a cuerpo”.) (7)

Sobre la otra acepción, es bien elocuente esta afirmación de Freud: “El proceso analítico es el crisol donde nace y renace la teoría analítica. Pero la cura analítica como terapia no constituye sino una aplicación entre otras de la teoría, que ha adquirido una suficiente validez científica. Ese movimiento dialéctico lleva a diferenciar la cura del proceso, en cuanto ambos están mediatizados necesariamente por la teoría” (cit. por Jean-Luc Donnet). (5)

No es posible pasar por alto la naturaleza deductiva de ambos niveles del teorizar, siendo obvio que no constituyen traslados meramente descriptivos.

Sólo a título de apunte, es pertinente recordar en este sentido —el del espectro amplio—, la equivalencia propuesta por Freud entre los delirios de los psicóticos y las construcciones analíticas: “verdaderos intentos de explicación y de curación [...]” (cf. ref. 11, III).

III. Entonces el encuentro-desencuentro analítico, no tiene una línea de demarcación en el supuesto de que uno está provisto de teorías y el otro carece de ellas; sino que la diferencia proviene de la índole de las teorías y de su uso esclarecedor o defensivo. (Por ejemplo, cuando el analizando recurre a la teoría “científica”, más o menos cómodo en el “reconocimiento” de que “yo tengo un Edipo”, para sustraerse a su investigación. Además, los pies de su trama no estarían lo bastante hinchados como para inspirar a Sófocles.)

Desde este punto de vista —reconociendo la índole esquemática y relativa de la formulación—, podemos pensar que en el análisis interjuegan la oscura lucidez del

analizando y la lúcida oscuridad del analista. La primera, la lucidez oscurecida, está basada en la represión, en el mundo (interno y externo) refractado por las teorías infantiles, en la mitología que se tiende una y otra vez a preservar, sustentada sobre “el deseo indestructible”. La segunda, la oscuridad más o menos aclarada, se nutre ante todo del propio análisis y se prolonga en las tentativas más o menos fructuosas de construir teorías adultas o, más comúnmente, de adscribirse a ellas.

Esta correlación de teorizaciones contradictorias —pero de común raíz— marca en el proceso analítico el camino hacia el *insight*, atravesando los espejismos y las “evidencias” con que seduce el texto manifiesto, o la inducción de adormecimientos y rechazos.

IV. El teorizar —contemplar y volver inteligible— pasa por una prueba de fuego: la consecuencia, o la inconsecuencia, con el quemante descubrimiento de la castración. Sería paradójal (sin dejar de ser comprensible) que se intentara explicar la renegación de una teoría tan presunta y presuntuosamente completa y definitiva, que renegara de su propio hallazgo.

La castración es así constituyente también del teorizar, concebible —enseñaba Leclaire— como “el sistema [...] determinado fundamentalmente como tentativa de organización de su propia carencia”, de su “carencia intrínseca”. “[...] Puede el analista construir sistemas de ideas, teorías, pero con la condición de saber en todo momento que ese sistema le sirve para borrar la castración [...] “ para “conjurar algo inaceptable”, a saber “que el objeto sea un escándalo para el ser inteligente”. (14)

Esto queda enfatizado con transparencia por Freud en fragmentos de orden epistemológico (algunos de ellos citados en el trabajo *Metodología docente en el Instituto de Psicoanálisis*, 1975, (4) preparado por la Comisión de Enseñanza). Allí se ve claro cómo la idea no es erigida en Su Majestad suprema e irrecusable. Lo que implicaría una idealización contradictoria con las reflexiones sobre *His Majesty the baby*, sumido en la creencia de que, «La enfermedad, la muerte, la renuncia al placer y la limitación de la propia voluntad han de desaparecer para él, y las leyes de la naturaleza, así como las de la sociedad, deberán detenerse ante su persona” (cf. ref. 8, II).

En el texto precedente se afirma: “[. . .] y una teoría especulativa [. . .] tendería, ante todo, a sentar, como base, un concepto claramente delimitado.” “[...] la diferencia que separa una teoría especulativa de una ciencia basada en la interpretación de la empiria. Esta última no envidiará a la especulación el privilegio de un fundamento lógicamente inatacable, sino que se contentará con ideas iniciales nebulosas, apenas aprehensibles, que esperará aclarar o podrá cambiar por otras, en el curso de su desarrollo. Tales ideas no constituyen, en efecto, el fundamento sobre el cual reposa una tal ciencia, pues la verdadera base de la misma es, únicamente, la observación. No forman la base del edificio, sino su coronamiento, y pueden ser sustituidas o suprimidas sin daño alguno.”

En el mismo sentido, en *Las pulsiones y sus destinos* (9) Freud concluye la página introductoria, sosteniendo que «la inalterabilidad de las definiciones” no puede ser tolerada por el progreso del conocimiento. Los conceptos fundamentales, las definiciones, “experimentan una perpetua modificación de contenido”.

Vale la pena citar algunos fragmentos de la correspondencia de Freud de este período, sin ignorar que asimismo pueden ser revistos en otros con-textos (cf. en ref. 12 cartas números 169, 170, 176 y 177, correspondientes a los párrafos que siguen).

— A James J. Putnam, 8.VII. 1915: “Por ahora el psicoanálisis es compatible con diversas *Weltanschauungen*. Mas ¿acaso ha dicho ya su última palabra? Por mi parte, nunca me he ocupado de las síntesis y sí sólo invariablemente de la certidumbre. Vale la pena sacrificarlo todo a esta última.”

—A Lou Andreas-Salomé, 30.VII. 1915: [. . .] no sigo un camino rectilíneo, pues rara vez experimento la necesidad de sintetizar. La unidad de este mundo me parece algo que se comprende por sí solo, y que, por tanto, hace innecesario todo énfasis. Lo que me interesa es la escisión en sus diversos elementos de lo que, en caso contrario, hubiera quedado inmerso en una pulpa primigenia. [. . .] En una palabra, yo soy evidentemente un analista y creo que la síntesis no ofrece obstáculos, una vez logrado el análisis.”

— A Georg Groddeck, 5. VI. 1917: Le objeta el “misticismo” consistente en desechar la diferencia entre los fenómenos psicológicos y físicos. “Concedamos a la Naturaleza su variedad infinita [...]” Para Freud no hay duda de que el inconsciente “es el mediador más adecuado entre lo físico y lo mental y quizás hasta resulte el muy buscado y jamás hallado «eslabón perdido». Mas, ¿acaso el hecho de que nos hayamos percatado de esto nos da base para rehusar todo lo demás?”

“Me temo que también usted sea un filósofo y posea la tendencia monista a prescindir de todas las bellas diferencias de la Naturaleza en favor de una tentadora unidad. Mas no creo que ello pueda contribuir a eliminar tales diferencias.”

— A Lou Andreas-Salomé, 13. VII. 1917: Se refiere a “los constructores de sistemas, tales como Jung o más bien Adler”. En cambio —le dice a la interlocutora—, a través del concepto de libido narcisista “ha podido usted observar cómo actúo, paso a paso, sin sentir la necesidad interna de completar el ciclo, soportando continuamente la presión de los problemas que van surgiendo [...]”.

Para no abundar más sobre el punto, tengamos presente la conciencia de la “afrenta psicológica” por el descubrimiento de que “el yo no es dueño y señor de su propia casa”. Es —se recordará— la tercera afrenta —esta, por cuenta del psicoanálisis—, infligida al narcisismo humano, siguiendo a la cosmológica (Copérnico) y a la biológica (Darwin). (10)

En suma, podemos coincidir plenamente con lo escrito por Jaime Szpilka: “La consideración de los diversos esquemas referenciales en psicoanálisis debe pasar por la recuperación de un sentido nuclear en torno al cual la articulación o integración puede enunciarse. Este sentido lo encontramos en la tarea de abordar a Freud [...] Afirmar esto no equivale pretender un constante retorno a Freud como fruto de un anhelo imaginario de encontrar unidad, coherencia y respuesta total sin fisuras en el sistema de su teoría, sino reconocer justamente a esta coherencia ordenada en torno a una fisura fundamental: la castración [...]”. (15)

V. La acepción amplia de teoría, abarca y permite encarar el interjuego de las dos caracterizaciones usuales de la noción de *esquema referencial*. B. Winograd (17) distingue el esquema referencial correspondiente 1, a una estructura” del sujeto psicoanalista y 2, a un sector de la teoría psicoanalítica.

Szpilka —antes citado— encara esta segunda variante: “A partir de este tipo de cambios en extensión, se estimula muchas veces la formación de subsistemas parciales, que con una mayor o menor autonomía con respecto al Sistema original, adquieren formalización propia y duración, y se constituyen en determinados esquemas referenciales.”

La primera caracterización de *esquema* es así desarrollada por José Bleger: “Según la definición de E. Pichon Rivière, es el conjunto de ideas, actitudes, emociones, conocimientos y experiencias con los que el individuo piensa y actúa. Es, en otros términos, una cristalización organizada y estructurada, en la personalidad, de un gran conjunto de experiencias que refleja una cierta estructura del mundo externo y con el cual el sujeto piensa y actúa sobre ese mundo.” (2)

Podemos complementar lo precedente con lo escrito por el mismo autor: “Pero lo importante no es sólo el esquema referencial conciente, sino todos sus componentes inconcientes o disociados que entran en juego y que, desconocidos, distorsionan o bloquean el aprendizaje. En una buena proporción, el esquema referencial es el a priori irracional del conocimiento racional y de la tarea científica. [...] El esquema referencial es siempre una parte integrante de las ideologías [...]” (3)

Bástenos indicar que podemos disponer de una base amplia —la teoría en cuanto contemplación e intelección— para estudiar al investigador, lo investigado, el destino conceptual de la investigación, así como el instrumento representado por la “interpretación”. Con la posibilidad de ajustar en forma discriminada los contextos correspondientes, pudiéndose además prevenir (pero también entender) los deslizamientos entre esas zonas.

De la misma forma podemos encarar el par asociación libre - atención flotante, dentro del proceso transferencial - contratransferencial. Los juegos florales entre los “yo siento que...”, precisan la mediación de la teoría.

Se ha de tener presente que: “En el diálogo psicoanalítico ambos integrantes de la pareja operan con esquemas referenciales [...]” (cf. David Liberman). (15)

Y si hay teoría para el proceso, desde luego que también ha de contar cuando se inicia, cuando se acuerda terminarlo, o cuando se termina sin acuerdo.

El trabajo de Marta Nieto para el panel del que hemos tomado algunas referencias, ilustra y enriquece —mostrando desde dentro su modo de cuestionarse— las materias abordadas. He aquí un fragmento ejemplar de su actitud: «Lo que en un momento dado experimento como inconveniente, y puede serlo: la inseguridad, la vacilación en el uso de una noción entre la versión, por ejemplo, kleiniana y la lacaniana, sin embargo, me ayuda a rescatarme de ser *la que sabe*. Tengo como única salida que investigar la situación con el mismo analizando para encontrar la conceptualización más adecuada.”

VI. “Encontrar la conceptualización más adecuada”. Sin este movimiento hacia el polo conceptual del abanico de la teoría, corremos un riesgo al que hemos de referirnos como último punto de estas notas. Es el riesgo de quedar apresados en el polo contemplativo, el de la visión: ver, verse, hacerse ver. Con el afincamiento en el deleite

de este juego preliminar, el análisis se pierde en la perversión del encuadre. Se instaurará un juego de espejos y no habrá más interrogación —en el fondo—, que la que entrañe la consabida respuesta a la pregunta: —Espejito, espejito, ¿quién es la más linda? (o el más lindo). Ni el analista, ni el analizando, cederán un palmo, si están perdidos en esta equivocada podía, seguramente más grave que la que supone el peligro opuesto, el de quedar encerrados en la intelectualización. (Si bien no sería difícil —como lo apuntamos en IV— mostrar la común raigambre narcisista de ambas desviaciones: verdaderos ejercicios mortales del poder, incompatibles con el proceso analítico.)

En la parte final del segundo de sus trabajos, *Perversión y carácter obsesivo*. (1) Sélíka Acevedo de Mendilaharsu ha subrayado este problema. Aunque sus reflexiones están dictadas por la dificultad del análisis de ¡os perversos, no carecen de un valor general:

“El deseo de saber, deseo de conocimiento, es el motor de la investigación analítica. Y el ver está utilizado en esa investigación también como saber: el deslizamiento de un significante a otro no es accidental si recordamos [...] el origen de estos deseos y su semejanza estructural con el deseo sexual.” De donde es preciso discriminar el “verdadero deseo de conocimiento”, de la fascinación por el “material”, vuelto “el punto de encuentro de dos protagonistas que comparten un goce perverso”. La condición “legalizada” de este goce, no exime de pensar que algo referente a nuestra propia sexualidad infantil pueda estar escamoteado”.

Concluye refiriéndose al uso, por el analizando perverso, a expensas del *insight*, de las reglas analíticas y de los límites en la sesión: el diván, la fijeza del encuadre, la exclusión del tercero (el excluido de la sesión, “otro *que* fantasiosamente imagina castrado porque ha sido excluido de la escena primaria”).

VII. En síntesis:

1. Llamamos la atención sobre la pertinencia de rescatar en psicoanálisis, esto es, en la tarea de explorar lo inconciente, el espectro amplio de la noción de teoría: contemplación y conceptualización, incluyendo los procesos defensivos que ambos promueven.

2. Analizando y analista correlacionan teorías, en el camino tentativo hacia el *insight*.

3. La referencia a la castración es una prueba de fuego para esas teorías.

4. Se adquiere una perspectiva más consistente, para revisar, entre *otras*, la noción de esquema referencial.

5. Se plantea el problema del riesgo de la perversión del encuadre psicoanalítico, por el apresamiento en el polo de la mirada.

REFERENCIAS

(1) Acevedo de Mendilaharsu, S.: *Perversión y carácter obsesivo*. A.P.U. Montevideo, 1974.

(2) Bleger, J.: *Psicología de lo conductista*, cap. XV. CEDAL; Buenos Aires, 1969, 3ª edición.

(3) Bleger, J.: *Grupos operativos en la enseñanza* (1961). En: “Temas de psicología”; ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1972, 2ª edición.

(4) Brum, J. L.; Garbarino, H.; Gil, D. Lijtenstein, M.; Acevedo de Mendilaharsu, S.; de Urtubey, L.; Viñar, M. N.: *Metodología docente en el Instituto de Psicoanálisis*, VIº Precongreso Didáctico; Buenos Aires, 1976.

(5) Donnet, J. L.: *Carrera y jerarquía en la sociedad analítica*. En: “Estudios

- freudianos” Nos. 1 y 2; ed. Corregidor, Buenos Aires, 1974.
- (6) Ferrater Mora, J.: *Diccionario de filosofía*. Ed. Sudamericana; Buenos Aires, 1975, 5ª edición.
- (7) Freud, S. (1908): *Teorías sexuales infantiles*. “Obras completas”, t. XIII, ed. S. Rueda, Buenos Aires, 1953.
- (8) Freud, S. (1914): *Introducción al narcisismo*. “Obras completas”, t. XIV; ed. cit.
- (9) Freud, S. (1915): *Las pulsiones y sus destinos*. “Obras completas”, t. IX; ed. cit.
- (10) Freud, S. (1917): *Una dificultad del psicoanálisis*. “Obras completas” t.XVIII; ed. cit.
- (11) Freud, S. (1937): *Construcciones en el análisis*. “Obras completas”, t. XXI; ed. cit.
- (12) Freud, S.: *Epistolario*, t. 11. *Comp.* por E. L. Freud. Ed. Plaza y Janés; Barcelona, 1970.
- (13) Garbarino, H; Freire de Garbarino, M.; Koolhaas, G.; Mendilaharsu, C.; Acevedo de Mendilaharsu, S.; Nieto, M.; Prego, L. E.; Maberino de Prego, V.; de Urtubey, L.; Viñar, M.N.: *Psicopatología del análisis didáctico*, VIº Precongreso Didáctico; Buenos Aires, 1976.
- (14) Lieclaire. S.: *Seminarios*. A. P. U. Montevideo, 1972.
- (15) Liberman, D.; Szpilka, J.; Alvarez Lince, B.; Nieto, M.: (*panel*) *Integraciones y diversificaciones entre diferentes esquemas referenciales. Su utilidad para el desarrollo teórico y técnico*. XIº Congreso Psicoanalítico Latinoamericano; Buenos Aires. 1976.
- (16) Oribe, E.: *Teoría del Nous*. Ed. Losada; Buenos Aires, 1944.
- (17) Winograd, B.: *Esquema referencia 1: concepto, usos y alcances en las formulaciones psicoanalíticas*. Contribuciones libres; XIº Congreso Psicoanalítico Latinoamericano; Buenos Aires, 1976.

Marcos Lijtenstein *

Recibido el 30 de setiembre de 1976

* Dirección: Bulevar Artigas 1085, Montevideo